

con una conclusión del mismo autor: "Este pleno poder (entregado a Pedro) no pasa ni a un sucesor directo de Pedro, ni a la comunidad como un todo, sino a los doctores que en cada generación sean suscitados por el Espíritu" (p. 517). Más adelante, Roloff, ante el hecho evidente —aunque desvinculado de una voluntad fundacional de Cristo, como veíamos— de un ministerio eclesiástico de origen cristológico según Eph 4, 11, se cuida de afirmar: "Este motivo de la representación de Cristo en el gobierno ministerial de la comunidad no implica naturalmente de ninguna manera la idea de un ministerio sacerdotal" (p. 525). Según nuestro autor es Clemente Romano el que "por primera vez ha fundamentado de manera sacral el ministerio y ha hecho de él un elemento permanente de la estructura de la Iglesia" (p. 529). De esta manera queda excluida la doctrina acerca de la Iglesia y su ministerio que se expone, por ejemplo, en la Const. *Lumen Gentium* del Concilio Vaticano II. El siguiente autor, el inglés Richard P. C. Hanson, toma como presupuesto de su estudio del ministerio en la Iglesia antigua las anteriores consideraciones neotestamentarias, que resume así: "El primer presupuesto (de lo que va a decir) es que el ministerio tradicional e histórico de la Iglesia es el resultado de una evolución histórica: no ha sido instituido ni por Jesús ni por los Apóstoles" (p. 534). Y así sucesivamente. La erudición de estas páginas no compensa suficientemente una óptica teológica tan parcial, con una metodología tan inadecuada. Más interés tienen los artículos posteriores, descriptivos, en que se expone la concepción del ministerio en Lutero, Calvino, la Reforma, etc., así como el abanico interconfesional de posturas que ofrece la situación contemporánea.

La consulta de este II volumen de la TRE nos confirma en la valoración del proyecto que adelantamos en nuestro comentario anterior (cfr. Scr Th 9 [1977] 1161): late, en el fondo de muchas de esas voces, una especie de agnosticismo de raigambre kantiana, y la teología, en consecuencia, se reduce a una historia de las convicciones (subjetivas) de los hombres y los grupos cristianos, mientras la verdad misma escapa al trabajo teológico.

PEDRO RODRÍGUEZ

Heinrich KLUG, *Das Evangelium als Geschichtsquelle und Glaubensverkündigung. Zugang zum historischen Jesus und zur göttlichen Offenbarung*. Allgäu, Martin Verlag/Walter Berger, 1976, 526 pp., 14 × 20.

Durante los últimos decenios, la investigación en torno a los Evangelios se ha desarrollado siguiendo diversos métodos que han ido poniendo de relieve aspectos importantes acerca de la formación y peculiaridades de los escritos evangélicos. Se centró la atención en determinar la

historia de la tradición contenida en los Evangelios, después se investigó especialmente la manera y el contexto en que cada evangelista llegó a redactar su escrito —historia de la redacción—; finalmente se ha intentado descubrir el sentido de los textos mediante el análisis de su estructura lingüística. De los resultados positivos de tales estudios —especialmente de los dos primeros tipos señalados— se hace eco la Constitución *Dei Verbum*, y más extensamente la Instrucción *Sancta Mater Ecclesia* que corrige, al mismo tiempo, desviaciones y errores ideológicos que con frecuencia están presentes en el desarrollo de esas investigaciones.

Existe sin embargo un aspecto, subrayado en estos mismos documentos del Magisterio, que no ha sido puesto de relieve suficientemente en la generalidad de los planteamientos señalados: que los evangelistas gozaron de la condición privilegiada de testigos —mediatos o inmediatos— de aquello que narran, y que por tanto sus escritos constituyen un testimonio auténtico, digno de credibilidad. Esta es una de las líneas de fuerza, quizá la más importante, que recoge el libro de H. Klug. Coincide en ello con el núcleo del argumento que la apologética tradicional ha usado para mostrar la historicidad de los Evangelios. Pero el autor no se queda solamente ahí, sino que, conociendo bien los resultados de la reciente investigación, aborda con vigor el tema de la intencionalidad religiosa —predicación del mensaje cristiano— que motiva y determina la redacción de los Evangelios. De ahí el mismo título de la obra “El Evangelio como fuente histórica y proclamación de la fe”.

*En la primera parte* se asienta el principio, fundamental para el posterior desarrollo del libro, de que “el Evangelio es fuente histórica en orden al anuncio de la Salvación”. No sólo no hay contradicción entre veracidad histórica y anuncio de la fe, sino que “la fe está en unión indisoluble con realidades históricas, con obras y palabras de Jesús que ha revelado el gozoso anuncio de salvación en la historia espacio-temporal de su ser terreno” (p. 31). De ahí que los evangelistas manifiesten también un interés histórico sobre la vida de Jesús, pues para ellos, como “testigos de lo que ha ocurrido desde el Bautismo de Jesús en el Jordán hasta su Ascensión a los cielos (Act 1,22), una formación de leyendas en orden a la catequesis, estaría en contradicción irreconciliable con la esencia de su ser testigos” (p. 33).

En este contexto es de gran importancia dejar bien sentado el tiempo de composición y la autenticidad de los Evangelios. Con sólidos argumentos de crítica externa e interna el A. prueba que la composición de los Sinópticos es anterior al año setenta y que los datos de la tradición sobre su autenticidad deben tenerse como seguros. Plantea con rigor las objeciones que con frecuencia se levantan en torno a esta temática, y muestra cómo, efectivamente, ninguna de ellas tiene peso suficiente para modificar los datos tradicionales, y cómo tales objeciones pueden recibir, desde esos mismos datos, una respuesta adecuada. Aun-

que no es exhaustivo en la argumentación —silencia por ejemplo el argumento que se desprende de la relación entre el libro de los Hechos y el tercer Evangelio en orden al tiempo de composición—, sí que es convincente en la que emplea, y se enfrenta abiertamente con las dificultades que pueden surgir.

El A. valora positivamente la aportación que el empleo de los métodos histórico-críticos puede suponer para la comprensión del texto sagrado. Un empleo abusivo de la metodología histórico-crítica ha sido el violentarla por ponerla al servicio de un prejuicio sobre la no historicidad de los relatos evangélicos. A lo largo de su obra el A. irá mostrando cómo las conclusiones que, pretendiendo apoyarse en una metodología crítica, establecen la falta de realidad histórica de algunos relatos, son sencillamente, acientíficas, pues van más allá de lo que la misma metodología evidencia, y olvidan otros aspectos fundamentales de la naturaleza de los Evangelios.

Ciertamente que existen dificultades, con frecuencia de orden literario, que afectan a nuestro conocimiento de la realidad histórica de los relatos, pues los Evangelios no son libros de historia en el sentido moderno de la palabra. Consciente de ello el A. señala algunos métodos usados por los evangelistas, cuya consideración ayuda, efectivamente, a resolver algunas dificultades. Así los métodos de “la mención incompleta de las personas” (pp. 96-98), “las formas de expresión colectiva” (pp. 98-99), “la ausencia de datos de tiempo y lugar” (pp. 99-101), y “la redacción incompleta” (pp. 102-103). Teniendo en cuenta estos procedimientos redaccionales se comprende mejor ciertamente la forma narrativa empleada por los evangelistas, pero podría ser más completo este elenco señalando algunos otros procedimientos literarios comunes en la literatura judía, procedimientos midráshicos o deráshicos que, bien comprendidos, pueden esclarecer dudas en torno a la veracidad histórica. En este tema el A. parece depender exclusivamente del planteamiento de R. Laurentin (R. LAURENTIN, *Structure et théologie de Lc I-II*, Paris 1964).

*La segunda parte* del libro aborda el estudio de la historicidad y significación de los milagros de Jesús narrados en los Evangelios. En los primeros capítulos establece con claridad y competencia algunos puntos preliminares, pero condicionantes, para poder enfrentarse objetivamente con los relatos evangélicos. Tales son la naturaleza, posibilidad, cognoscibilidad, etc. del milagro. Tras la afirmación, demostrada, de que Jesús obró milagros, estudia los de la resurrección de Lázaro, la curación del paralítico en Cafarnaún y del ciego de nacimiento, la multiplicación de los panes, las curaciones a distancia, la pesca del pez con el impuesto del templo, la curación de los endemoniados de Gerasa y la maldición de la higuera. Aborda las dificultades que la historicidad de cada uno de estos sucesos ha encontrado por parte de la crítica recien-

te, y argumenta su realidad histórica apoyándose sobre todo en razones que brotan de la lógica interna de los propios textos, y en la capacidad e inteligencia de los evangelistas, dispuestos a distinguir lo verdadero de lo falso. Con frecuencia la consideración del medio ambiente constituye también una prueba en favor de la historicidad de los relatos. La argumentación del autor es sólida y ofrece puntos de vista originales y sugerentes.

*En la tercera parte*, la más extensa, trata las palabras de Jesucristo. En quince capítulos —el primero lo dedica a una consideración general sobre la fiabilidad de la tradición de estas palabras—, va considerando los grandes temas de la enseñanza de Jesús: entre otros su divinidad, su mesianismo, la parusía, los sacramentos, el ministerio de Pedro, la exigencia de perfección, las tentaciones en el desierto, la fórmula bautismal trinitaria... etc. Las diferencias que encontramos en la transmisión de las palabras del Señor se deben, según el A., a la diversidad de capacidad de memoria, centros de interés, formación y modo de ser entre los evangelistas. Pero esto de ningún modo atenta contra la autenticidad de lo que transmiten. Tal autenticidad está históricamente garantizada por la unión que existe entre las palabras y las obras de Jesús, por la estrecha correspondencia que puede descubrirse con los contextos en que fueron pronunciadas, y también, por la misma coincidencia entre los evangelistas, de los cuales algunos fueron testigos directos y todos ellos usaron fuentes fidedignas. El que encontremos las palabras de Jesús reunidas u ordenadas de modos distintos no es argumento en contra de su realidad histórica. Por otra parte, los evangelistas contaron con la asistencia del Espíritu Santo que Jesús les había prometido (Jn 14,26).

El A. no aduce, sin embargo, un argumento que pienso tiene plena validez al respecto: que el Señor repetiría con frecuencia los temas de su predicación, y no siempre con las mismas palabras exactamente. De ahí también que en los Evangelios aparezcan de diverso modo significando lo mismo. Pero además, se ha de tener en cuenta, como indica la Instrucción *Sancta Mater Ecclesia* que, previamente a la redacción de los Evangelios, tanto los milagros como las palabras de Jesús fueron usados en la predicación y en la catequesis apostólica que, de diversos modos, les imprimió una configuración de acuerdo con las necesidades de los oyentes. Este aspecto no ha sido quizá suficientemente valorado por el autor, aunque en nada se opone a la autenticidad en la transmisión, y puede servir para comprender mejor el significado de los textos.

A continuación, *en la cuarta parte del libro*, se estudia el tema de la glorificación de Jesucristo, la Resurrección y Ascensión a los cielos. Como el A. explica en una breve introducción, "la vida del Resucitado no era una vuelta sin más a su vida terrena anterior, sino algo completamente nuevo, una nueva forma de ser que en su propia complexión celeste escapa a nuestra consideración terrena. Pero algo de ello, concretamen-

te lo que de su glorificación ocurrió en el espacio y en el tiempo, se nos ha dejado, en parte, escrito en los Evangelios" (p. 369). Es sobre estos datos sobre los que puede recaer la investigación histórica. El autor desarrolla especialmente aquellos que algunos críticos han considerado como no históricos, especialmente las apariciones y la Ascensión.

*La quinta parte*, la última del libro, está dedicada al estudio de los Evangelios de la Infancia. Partiendo de la independencia redaccional de Mt y Lc, el A. consiera en primer lugar lo que es tradición común a ambos —la concepción por obra del Espíritu Santo— respondiendo acertadamente a las diversas dificultades que ha planteado la crítica. A continuación expone el significado de las genealogías, y valora el dato historiográfico del censo bajo Quirino, explicando al mismo tiempo de manera convincente el apriorismo de algunas dificultades que se han suscitado. Acaba con dos capítulos dedicados el uno a las apariciones angélicas descritas en los Evangelios de la Infancia, y el otro a la credibilidad del relato sobre la estrella de los Magos.

Como puede apreciarse el libro de Klug no sólo establece las grandes bases apologéticas que determinan la veracidad histórica de los Evangelios, sino que expone los argumentos críticos que la investigación ha podido aportar para mostrar, en cada caso, la credibilidad de dicha historia. El autor sabe muy bien cuál es el sitio que corresponde a las argumentaciones histórico-críticas: ser motivos de credibilidad, y respuesta a posibles dudas o negaciones rotundas que han de calificarse como acientíficas. Todavía subsisten —y así lo afirma el A.— dificultades y amplio campo para el trabajo crítico, pero "no se puede razonablemente afirmar que los Evangelios no nos hayan transmitido nada seguro acerca de Jesús y que por tanto no tenemos ningún acceso al Jesús histórico; por el contrario, el cuádruple Evangelio es una valiosa fuente histórica para la proclamación salvífica de Jesús, el Hijo del Hombre, el Cristo de la historia y de la fe, el Dios hecho hombre." (p. 503).

Estamos ante un libro que consigue el objetivo que se había señalado, y que se ofrece como una rica fuente de consulta al sacerdote y al laico que deseen conocer, con seriedad, hasta dónde ha llegado la ciencia bíblica, en orden a mostrar la verdad que creemos.

GONZALO ARANDA

I. DE LA POTTERIE, *Gesù Verità*, Torino, Marietti ("Collana Biblica", 1), 1973, 216 pp., 17 × 24.

Se trata de una "raccolta di articoli" sobre Cristología joannea. Ya desde el principio insiste el A. que "l'aspetto specifico sotto il quale Giovanni contempla la persona e l'opera di Gesù è quello della rivelazione: